**Domingo XI del TO  
Ciclo B**

****13 de junio de 2021  
Ez 17, 22-24Sal 91  
2Cor 5, 6-10  
Mc 4, 26-34  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

El Evangelio de hoy nos habla del Reino de Dios con dos parábolas. En la primera se compara al Reino con una semilla bajo tierra. El primer versículo relaciona esta parábola con la del sembrador que Jesús ya había dicho antes: el reino de Dios era entonces comparado a un hombre que siembra indiscriminadamente y fuera de toda lógica la semilla en distintos tipos de tierra. Pero en esta segunda parábola el «foco» no se dirige tanto hacia el sembrador que siembra, sino hacia la semilla que queda oculta en la tierra. La parábola del sembrador mostraba a Dios amando indiscriminadamente, dando su ser sin fijarse en méritos ni en respuestas (los distintos tipos de tierra).

Pero esta breve parábola de la semilla en la tierra presenta otra lógica, otra dinámica porque el foco de la parábola, la acción de la parábola, no ocurre en el ámbito humano, sino bajo tierra. El hombre, y sus devaneos mentales, queda en la superficie, ajeno a lo que se está produciendo lejos de su alcance, lejos de lo que su mente suele y puede controlar. Eso quiere indicar el texto cuando dice: «*duerma o se levante* [el hombre], *de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo*». La dinámica de Dios, de su «reinar», de su «ser», no puede ser controlada por la dinámica mental del hombre, que se mueve en una esfera inmediata de apegos, prejuicios e intereses. El amor que Dios es, con todo lo que tiene de donación constante, plena e indiscriminada, desborda esos parciales límites en que se mueve la mente egoica, tan preservadora de sí misma e interesada, está en otro «nivel» infinitamente más amplio, más libre y más pleno.

Lo que se muestra aquí es la contraposición de estos dos niveles: el ilimitado del amor donativo que Dios es y el limitado de la mente egoica preservativa.

La segunda parábola compara el Reino con un arbusto en un huerto. Tradicionalmente se ha tendido a interpretar esta parábola en términos de «temporalidad». La pequeña semilla, ínfima, evoluciona, crece y se convierte en una gran planta, incluso en un árbol, capaz de acoger a las aves del cielo. El «foco» de la parábola estaría entre lo pequeño de los comienzos y lo grande del final. Así sería con el reinado de Dios que simboliza la naciente comunidad cristiana: empieza siendo algo insignificante en apariencia, pero va a ir creciendo imparablemente hasta llegar a su plenitud, capaz de albergar a todos los hombres de la tierra (imagen de las aves del cielo).

No obstante, en esta parábola hay elementos que pueden enriquecer esta visión. Porque la mostaza tiene otra connotación más provocativa y más chocante. Para ver cómo podía ser mirada en la época de Jesús puede ser útil recordar lo que escribió entonces (siglo I) Plinio el Viejo en su «Historia natural»:

«La mostaza... con su sabor picante y sus fogosos efectos, es enormemente beneficiosa para la salud. Puede crecer silvestre, aunque mejora mucho al ser cultivada; en cambio, una vez sembrada en el terreno, resulta muy difícil hacerla desaparecer de él, pues su semilla germina tan pronto como es plantada»[[1]](#footnote-1).

De este texto, aparte de sus virtudes culinarias o médicas, destaca su pertinacia u obstinación una vez arraigada en un terreno, de la que es difícil eliminar. La mostaza silvestre, además, era considerada desde tiempos inmemoriales como una «mala hierba» que «infesta los campos de grano». La tendencia de esta planta a mezclarse con otras es una de sus características más peligrosas, de ahí que la Misná judía (200 d.C.) estableciera el precepto de que no se sembrara nunca en los huertos, sino en campos más grandes, donde ella sola pudiera segregarse de los demás cultivos. Según esto, la cuestión no es, por tanto, que la mostaza sea muy pequeña en su origen y luego se convierta en un arbusto de más de metro y medio de altura, sino que «se trata de una planta que suele crecer donde no debe, que tiende a criarse de forma totalmente incontrolada, y que suele atraer a los pájaros a los terrenos de cultivo, donde precisamente no son nunca bien recibidos»[[2]](#footnote-2) .

Aquí podemos ver ya un elemento chocante, paradójico y contracultural, utilizado por Jesús para llamar la atención de sus oyentes y para abrirles a realidades más profundas. Un campesino galileo que oyera comparar al Reino de Dios con la incordiante y peligrosa mostaza, sin duda se extrañaría y prestaría atención a ver en qué terminaba esa historia que comenzaba tan loca e ilógicamente. Pero el empleo de esta imagen no es, sin duda, un mero recurso retórico, sino que ha de tener un sentido más profundo. Además, la mostaza estaba considerada también como una planta impura. «Impuro» es lo que está «fuera de lugar». Y, además, sembrarla en huertos o campos donde hay otras semillas, podría ir contra las normas de no mezclar semillas.

Lo chocante es que Jesús empieza a hablar del reinado de Dios relacionándolo con el mundo de la impureza, de la inconveniencia, y con una planta que puede ir contra los intereses de lo establecido como «lo correcto» o «lo justo». En esto, Jesús aparece aquí coherente con el resto de su enseñanza y de sus actitudes. Es como si Dios irrumpiera con su amor para desbaratar los planes del hombre, su estatus-quo, sus sistemas normativos, sus montajes consagrados y justificados por sus mentes egoicas, y para mostrar una nueva forma de vivir-ser que nada tiene que ver con todos esos sistemas y modos de vida que causan separatidad y postración.

La mostaza como planta incordiante, con peligrosa capacidad de propagación, es una buena imagen de este «dar la vuelta» a las cosas que a los ojos-mentes de los hombres se tienen por inamovibles, pero que no se sostienen desde lo que Dios es. Por ello, el Reino anunciado por Jesús fue visto como una amenaza para todo el sistema, y los dirigentes del mismo decidieron acabar drásticamente con el sembrador de esa «mostaza» que alteraba sus controlados campos de dominio. Y lo mismo hicieron después otros dirigentes con discípulos de Jesús que, como él, sembraban en sus respectivos campos de dominio mediterráneo las peligrosas semillas de un Dios que es-reina en el amor indiscriminado, equitativo y de servicio hacia los más débiles. Todo lo contrario a sus sistemas de domino.

La visión que del reinado de Dios da esta parábola indica algo muy pequeño que acontece en un ámbito próximo, cotidiano. Pero ese acontecer es paradójico, no es como se espera. No parte de un suceso «grande», sino de algo casi imperceptible, como es una semilla echada en un huerto. Tampoco ocurre según los cánones clásicos, que pintarían una acción directa de Dios consagrando a su enviado, sino de una situación anómala, marginal, que roza la impureza, es decir, la pecaminosidad.

¿Qué relación tiene todo esto con lo que sabemos de Jesús? La primera coherencia es que Jesús era, de hecho, un personaje marginal, tachado de impuro, incluso de endemoniado, un sin-vergüenza que no se atenía a las normas estrictas de la Ley, sino que iba más allá de ellas. Los que le daban su adhesión, sus discípulos itinerantes e incluso sedentarios, también entrarían dentro de ese ámbito de la marginalidad, de la impureza. El constante contacto con pecadores públicos, con impuros, con «no justos», situó, sin duda, a Jesús y su movimiento en ese lugar tan sospechoso. A los ojos bien-mirantes de los detentadores del control, Jesús y su grupo serían un incordio, algo molesto, cuestionador, algo «fuera de lugar». Aquí es donde encaja la imagen comparativa de esta parábola.

1. John D. Crossan. *Jesús: vida de un campesino mediterráneo judío*. Grupo Grijalbo-Mondadori. Barcelona, 1994.p.326 [↑](#footnote-ref-1)
2. *Ibid.* p.327 [↑](#footnote-ref-2)